



Goycochea Menéndez (Lucio Stella)

Poemas Helénicos

Índice

ORFEO
SAFO
FIDIAS
TIRTEO
APOLODORO
NARCISO
VENUS ANCIANA

ORFEO

Al señor Indalecio S. Figueroa

Orfeo

Campo de Maratón. En el Oriente, un perfil de montañas azuladas. El cielo va vistiéndose de nubes, y de vez en cuando, el relámpago lanza su jabalina candente por el horizonte. Una columna, elevándose con sutileza aérea, sostiene un trofeo. Más abajo una épica leyenda. En el friso, un relieve muestra a Cinegiros sepultando su gloria bajo la lápida de las olas. Hay jirones de estandartes agitándose al viento. Sobre la tumba de los caídos se amontonan los escudos formando dólmenes gigantescos bruñidos en bronce y en hierro. Orfeo surge en el seno de un lirio. Tras de él viene una gran escolta de palmeras y de ruiseñores.

ORFEO

El rayo truenas entre el velo de la nube. La tempestad está próxima. Muy en breve, la lluvia desatará su cendal de gotas, que vendrá a confundirse con las lágrimas con que las madres regaron este suelo. ¡El eco de los truenos no es más imponente que sus sollozos!

LOS RUISEÑORES

Nosotros, en los trinos, cantamos sus dolores

LAS PALMERAS

Nosotras en la noche rimamos sus clamores.

ORFEO

Pero las lágrimas de las madres son el óleo de la gloria. Cuando ellas caen sobre el túmulo, se estremecen las corazas bajo el manto de la tierra y, el corazón hecho polvo de los que yacen, reflorece. En el Sunion, una mujer, al estampar un beso en la boca de su hijo, le dio el hálito de la vida. Sobre el rostro de un muerto que sonreía he visto una constelación de gotas enrojeciéndose a la Aurora.

LAS PALMERAS

Nosotras los caídos cubrimos con un manto.

LOS RUISEÑORES

Nosotros sus proezas decimos en un canto.

ORFEO

Los laureles abren sus tirsos opulentos. Sobre la tierra húmeda brotan las margaritas. Y ellas forman el sudario que cubre a los que con el músculo encadenaron la Victoria. Aquí Arístides quebró su espada sobre el escudo del Polemarca; allí cien ciudadanos murieron aplastados por las ruedas de los carros. Sus cien esposas tendieron sobre ellos sus velos y se hirieron en los pechos, para dormir junto a sus cenizas el sueño de una eterna noche nupcial.

LOS RUISEÑORES

Las vimos desflorando el seno nacarino.

LAS PALMERAS

Y bajo nuestros gajos cumplieron su destino.

ORFEO

En el mármol de la columna está grabada la leyenda de la batalla, grata a los Dioses. Allí, dice que los vencidos huyeron con la noche del espanto en el alma; aquí, cuenta que Milcíades encadenó los Tetrarcas a las ruedas de su carro. La púrpura de sus mantos tomó el color del fango y sus miembros se quebraron en crujimientos horribles.

LOS RUISEÑORES

Los grajos celebraron festín de sus despojos

LAS PALMERAS

La hiel de la derrota brotaba de sus ojos.

ORFEO

Las barbas imponentes de los viejos guerreros brillaron en el combate teñidas en púrpura. Sus corazas estaban rojas como sus rostros, como sus ojos. Los que vivieron cuentan que murieron entonando el himno de la patria, con la voz extraña de los que muertos no mueren.

LOS RUISEÑORES

Oímos sus palabras vibrando en la agonía

LAS PALMERAS

El eco las repite en vaga melodía.

ORFEO

En la hora en que los luceros miran tímidamente desde el obscuro azul, sus sombras renuevan la batalla y se oyen relinchos y gemidos, voceos y tropeles.

LAS PALMERAS

Agítanse las lanzas y brillan las espadas

LOS RUISEÑORES

Y cruza la saeta silbando, envenenada.

ORFEO

El relámpago dispersa las auras. Entre la sombra de la tempestad, la batalla va a renovarse. Los carros del Polemarca ya se perciben claramente. Arístides va en su contra, descendiendo a toda carrera de la altura. Los corazones de los espectros se entreabren en las purpurinas flores de la Muerte.

LOS RUISEÑORES

Y luce real emblema pendiente de la lanza

LAS PALMERAS

Estallan cien mil labios en gritos de venganza.

ORFEO

El viejo Trueno ruga fieramente. Mi cabellera se revuelca entre el viento, y mi lira tiene sus cuerdas cubiertas de gotas. Voime a adorar a Afrodita en el seno de una estrella.

LOS RUISEÑORES

Se chocan los escudos y brillan las espadas,
Y rojas se entreabren las carnes laceradas.

LAS PALMERAS

Y el rayo se desata en un turbión candente
Que rasga nuestros gajos y hiere nuestra frente,

LOS RUISEÑORES

Y nuestras voces callan las frases de ternura

ORFEO (desde una constelación)

La sombra es de la tierra: la luz es de la altura.

SAFO

El mar Egeo al caer la tarde. La ola se corona de burbujas y viste de tules sutiles la planta de granito de los acantilados. Un Tritón juega en las crestas vaporosas haciendo sonar vagamente su caracol rosado. A lo lejos, un viejo bosque de venerables encinas poblado de ruiseñores. El verde oscuro del follaje toma tornasoles de zafir al beso de luz del Sol poniente. Dos mariposas celebran los fastos de Himeneo en el palacio de pétalos de una azucena. En la playa, Safo extiende su cabellera sobre el manto imperial de la arena. Sus labios se abren pálidos para dar paso al raudal de una canción, y sus ojos contemplan la majestad de la media luna que, como la curva de un rizo blanco, surge en el Oriente entre bambalinas de nubes nacaradas.

Y Safo canta:

La suprema armonía está en el cuerpo. Hay más belleza en el músculo que se recoge sobre el brazo, que en las caricias de púrpura que prodigan a la pupila las perfumadas rosas de Corinto.

Hay mayor majestad en el paso del núbil que en las frondas oscuras busca a Diana para aspirar el perfume de su virginidad; que en la marcha llena de pompa del sacerdote seguido por la escolta de vírgenes vestales, cuyos ojos no se abrirán jamás ante las pomas olímpicas de Venus Citerea.

Hay mayor belleza en el torso del amante que se revuelca en el lecho cuando desata las bridas de su pasión; que en la curva del cuerpo de la náyade que surge en las linfas ignoradas coronada de pámpanos y de gotas do rocío, que brillan como luceros engarzados en la noche de seda de sus cabellos.

Hay mayor luz en la pupila del esposo que ya ha derramado la mirra en el altar de los dioses lares; que en el irradiar de la estrella, que busca con sus ojos de plata entra los cielos, la sombra de un amante nunca visto.

Hay mayor bravura en el sátiro que amarra entre cadenas de césped a una ninfa, para hundir sus manos velludas entra las blandas ampollas de marfil de oriente; que en el gesto de las iras entre el trueno de las peleas.

Hay mayor dulzura en el labio que besa el cuello de la vestal, cuando olvidando el fuego sagrado corre a escuchar un ritmo de amor bajo el palio de los cedros musculosos como muslos de titanes enclavados; que en la miel

que entre cofres de cera guardan las abejas bajo los relieves musgosos de algún templo abandonado.

Hasta la vejez es bella cuando ama. Las carnes viejas, corroídas por los años y por los holocaustos de las noches nupciales, reflorece cuando se acercan a la flor de carne, que surgiendo del capullo, recién sonríe en el jardín de la juventud. Las barbas venerables brillan con fulgores de nieve que se liquida bajo la caricia de la llama, y las pieles rugosas adquieren la suavidad albísima de las alas de finas palomas.

El Amor es el todo y el Deseo es el hijo del Amor.

El Deseo es la suprema vibración del alma, el postrer acorde de la lira del corazón.

Quien no ha deseado, no ha amado. Quien no ha soñado en un cuerpo de durezas incitantes, donde el músculo semeje cordilleras; en un torso soberbio de dureza del roca; en unos labios ásperos, pero rojos como los torrentes de vida que se escapan del cuello de la víctima en la hora del sacrificio, no ha levantado aún su cabeza a la luz de las supremas delicias.

Cuando se desea, el cuerpo todo vibra en cadencias ignotas, la carne se agita en estremecimientos febriles, y dentro del alma la pasión tañe su instrumento de mil cuerdas, un instrumento forjado con rosas y con rayos de cometas.

El ensueño abre su pabellón de celajes y de brumas llenando los horizontes del espíritu, y estallan en la noche besos mudos, que al herir las tinieblas hacen brotar chispazos que van a perderse en lo desconocido, entre el seno misterioso de las exhalaciones.

Las pieles tostadas de los guerreros zañudos brillan más refulgentes que la faz bronzina de sus escudos; los rostros blanquísimos de los donceles se rodean de auroras nunca vistas, y la palabra arrulla como un acorde producido por el viento en el élictro verde de una palmera.

¡Ah, las carnes bellas de los jóvenes sin mancha! Ésas son duras como el mármol, brillantes como el pórvido, suavísimas como la cabellera de algas de una voluptuosa oceánida!

En aquel instante la frase de una canción llega como una flecha de invisible cuerpo a clavarse en el plumaje de una ola. Breves ratos después, la playa está desierta y las estrellas se contemplan dulcemente en el cristal ondulante de los mares.

FIDIAS

El Partenón. La Criselefantina alza su cabeza centelleante, entre la pompa del Ocaso. Su rostro se destaca luminoso, bajo los caballos que se

encabritan en la visera de su casco. Sus ojos son semilleros de estrellas -a lo lejos asemejan jirones de la Vía Láctea. Sobre la cimera, y bajo un penacho de Aurora, la esfinge alada habla al pensamiento. Sus pupilas son ópalos tallados; sus alas se entreabren en vislumbres de rubíes. La Diosa parece un gran astro caído entre una selva de columnatas floreciendo en chapiteles.

Fidias mira a la estatua, con sus ojos levemente entreabiertos. La barba le cae sobre el pecho, como el torso de una nube. Rosas bordadas en hilos argentinos, forman la orla de su manto. A su lado, Calímaco y Paneno. Éste rasga con el labio el velo del silencio.

PANENO

Hermano: la última amazona del escudo tiene ya cincelado su último emblema. Calímaco ha labrado los chapiteles en hojas vaporosas de una intacta blancura. El friso centellea en sus relieves. Las guirnaldas que han de perfumar tu triunfo han sido ya tejidas por las vestales de Palas Atenea.

En el Pecile hay un gran rumor de voces que te aclaman, al estampar tu nombre en el granito. Del Ática del Peloponeso, de la Tesalia, se te envía, el homenaje del laurel. Tú estás en todos los labios, en todas las almas y en todos los corazones; y sin embargo, en tu rostro pinta su palidez la Tristeza: en tu boca existe el gesto de un supremo dolor; en tus ojos entreabiertos brilla el astro de una lágrima, y vive el Desaliento en toda tu figura. ¿Es acaso que te intimida la gloria?

CALÍMACO

¡Habla, maestro!

FIDIAS

El silencio es dulce ante los Dioses, cuando el labio puede producir la palabra del desaliento o la frase de la injuria. Quiero callarme como Hipodemo. Las flores del mal no deben entreabrirse sobre unos labios que se conservan puros. Deja que oculte el rostro con mi manto. Quiero ahogarme en mis suspiros.

CALÍMACO

¿Es acaso que no has llegado adonde tú querías, o que tu obra es pequeña en su grandeza? ¿Quizás el oro es escaso en el ropaje, o el marfil pálido en las carnes? ¿O la columnata por mí labrada es una injuria a tu creación? ¡Habla, maestro, y ella caerá como un bosque segado por el rayo!

FIDIAS

¡Las Gracias te prestaron sus manos de espuma para labrarlas; los Dioses te enviaron un cincel olímpico para que hicieras surgir las redondeces

inmaculadas en la carne del mármol, y tu genio vive en las volutas que se encrespan en los chapiteles; en las cornisas de prodigiosa tersura; en las columnas de esbelteces sumas; en el conjunto que asemeja un gigantesco haz de lirios sosteniendo la fimbria de una nube! Mi dolor es mío, en mí mismo.

¡Él yace sin lápida dentro del túmulo del corazón!

PANENO

¿Acaso el zafir que he colocado en el fondo del relieve de las Panateneas, es menos azul que el seno del espacio? Será quizás, que la orla que lo circunda, y en donde dejé caer mi pincel, no tiene la belleza de lo inspirado, o que el dorado de los broncees es menos rubio que el Sol?

FIDIAS

Del vientre de mi madre surgiste bajo los gratos auspicios de un oráculo. Llevas germen de grandeza entre las venas. Tu zafir es bello como los ojos de Leda: tu orla es hermosa como el Iris levantando su arco sobre el mundo.

PANENO

Hay en tus palabras la amargura de Aristides; ¿acaso tu espíritu columbra ya las márgenes del Erebo?

FIDIAS

¡No! Ayer, cuando la Aurora era sólo un matiz en el Oriente, vine a elevar mi espíritu bajo la sombra del templo. Los labios de la Noche, en su agonía, sólo exhalaban mudez. La Diosa en su plinto estaba velada por el crepúsculo rojizo que se elevaba desde los trípodes cercanos. Los caballos del casco se desbocaban en la penumbra, la esfinge de la cimera no hablaba en el callado lenguaje de su sabiduría, sólo los ojos miraban con sus ardientes pupilas, y al oscilar de la llama, la pedrería de que están formados se destacaba en una erupción de cambiantes. Parecían las pupilas de Prometeo hirviendo de ira.

A medida que la luz avanzaba, descubría el torso oculto en la coraza de escamas afiligranadas; las manos finísimas, empuñando el escudo con avasalladora majestad; los labios, donde el gesto es todo a la vez, lo terrible, lo grande, lo majestuoso, lo imponente.

Y cuando quise consagrarla en el sacrificio, ungiéndola con mi sangre, por las venas de mi brazo no corría una sola gota. Y al mirar la Diosa, vi sus pupilas entornadas y sus pechos caídos, como tumbados por la muerte. El fuego de los trípodes habíase apagado, y a los pies de la figura de Pandora yacía mi cincel hecho pedazos. ¡La Impotencia llegaba entonando su cantata en la hora postrera de mi genio!

Fidias, el que esculpe, ha muerto. ¡Ya no hará surgir sobre el grano de Paros las líneas vagorosas de las venus!

CALÍMACO

¡Maestro, divagas! ¿No oyes ya las trompetas que anuncian tu triunfo entre un gran florecimiento de laureles...?

FIDIAS

Paneno: coróname de rosas. ¡Voy a asistir a mis propias exequias!

TIRTEO

Un infinito campo de batalla a la luz de la luna. Un manantial rimando tornasoles de rubí, asemeja una ancha y bullente herida abierta en el seno de la Tierra. Un guerrero tiene sobre el pecho un venablo, cuya punta está enclavada en el músculo que se desfloca en fibras. Un escudo roto, muestra un emblema trunco. Una espada tronchada, mira con su punta al cielo. En el confín un águila abre su pendón de plumas. Tirteo, de pie, con la lira de granito entre las manos, canta el himno de los vencidos y la marcha de los vencedores.

Y Tirteo, dice:

No se ha perdido Diana en su palacio azul de Occidente, cuando los campos se cubrieron con la gala de la sangre. No han contemplado las estrellas un sacrificio mayor que éste, ni los ojos del Tiempo han visto un mayor choque que el pasado; ni ha resonado hasta ahora un fragor más intenso, que el causado en la batalla por el chocar de los escudos y el caer de las espadas.

Los venablos cruzaban el aire con silbidos de serpientes acosadas; las flechas pasaban agitando sus alas de mil colores, como agudas mariposas que iban a posarse en la flor del corazón, y el vocerío era tan grande que los luceros amedrentados fueron a ocultarse en la selva azul de lo infinito.

Tres días antes en el templo de Marte, el hígado de los corderos holocaustos se presentaba negro como el ala de los cuervos, y un infausto presagio vibraba en el ambiente. Los heroicos escudos resonaban temblorosos sobre el mármol de los muros, y en el templo de Olimpia, la Victoria había dejado caer la corona, y su espada había descripto un círculo en el espacio.

En la noche, sangrientas exhalaciones cruzaban la sombra, y una de ellas dejó un arco trazado de Oriente a Ocaso, que sólo se extinguió cuando el alba asomó su cabellera de pálidas vislumbres sobre la cresta de una nube.

Cuando las falanges se entremezclaron en el campo, la fiereza de las iras

fulguraba en la pupila, y los labios se entreabrían en los apóstrofes terribles de los supremos rencores. Los cuerpos se juntaban a los cuerpos; los rostros a los rostros; los miembros a los miembros, y sobre la carne limpia y blanca, surgía veloz como el relámpago una punta de hierro que al desaparecer dejaba un reguero humeante que cubría los pechos en una tibia y voluptuosa caricia.

¡Todo estaba anunciado por los Dioses!

Los caballos asustados, jadeantes, aplastaban cráneos bajo sus cascos, y unos huían con un dardo clavado en el anca como el asta sin pendón de un lábaro vencido, en tanto que otros miraban con ojos casi humanos a sus dueños; y cuando sus ojos se cerraban, inclinaban lentamente la cabeza para dormir bajo la espesa bóveda de sus crines.

Un joven arquero poseído de la ira de la derrota, se hirió en el cuello y se tumbó sobre el cuerpo de su hermano; y la esposa de un guerrero que lo había seguido al combate, cayó sobre sus despojos como una rosa que agoniza.

¡Fue un gran combate, un hermoso combate en el que corrió la sangre como los mil torrentes de una montaña! Antes de que las huestes se juntaran, se oía el latir de los corazones conmovidos en medio de un inmenso silencio; y cuando todo ha concluido, parecen que hablaran los caídos con sus labios marchitos, que miraran con sus ojos opacos, que insultaran con sus gestos donde ha quedado enclavada la última expresión de la rabia y del sufrimiento!

Y allá a lo lejos arde la hoguera de los hijos del triunfo. Los vencedores reciben la corona de manos de sus mujeres, y sus hijos besan sus llagas ungidas por la gloria.

Bello es tener una patria y caer por ella; pero cien veces grande, es tener una patria y triunfar por ella!

Cuando el guerrero cae pronunciando la última oración a sus Dioses lares, mira arder en lontananza el fuego casto y eterno entre las risas de sus hijos; ve a su esposa hilando el lino purísimo a la luz del hogar, y más allá, entre un vuelo de alondras, a su viña con sus mil ubres llenas de la savia divina que da luz al corazón y tornasoles al alma.

Cuando el guerrero triunfa, el deseo de nuevos combates hace vibrar su carne como una hoja de acero; los laureles perfuman las sienas, y la miel endulza el labio amargado por el esfuerzo supremo.

¡Oh, la gloria inmarcesible de las patrias! ¡Oh, el roble soberano de los triunfos!...

APOLODORO

Un pórtico de Mnesicles. Columnatas dóricas sostienen los chapiteles de mil hojas que brillan como blancas flores gigantescas. En la cúspide del triángulo del frontis, Nereida teje con sus manos de piedra una corona de ensueños. Más abajo en relieve, las Gracias celebran el nacimiento del Genio. Bajo la sombra del Propileo, Apolodoro traza un torso en una hoja de bronce laminada bajo los soles africanos. Una doncella a su lado, muestra ante los ojos de la Primavera, los botones de su pecho, que empollan recién sus pétalos purpúreos, al calor de los castos deseos.

LA DONCELLA

Maestro: Píntame como a Venus brotando de un copo de espuma, entre el coro fabuloso de las ninfas y los tritones. Píntame como a ella, engalanada con las perlas con que las esposas de los sátrapas entretejen sus cabelleras; con sus labios rojos, como la savia que enciende la vida de las rosas; con su rostro luminoso, ¡como un lirio que se colora bajo la caricia de la Aurora!

APOLODORO

¿No quieres que coloque sobre tus sienes el casco refulgente donde brilla la centelleante aureola de Minerva? ¿No quieres que encierre tu busto en la coraza de mil escamas, donde se estrellan las asechanzas y la ignorancia de los hombres?
¿No quieres que sobre tu frente blanca como una Luna, haya un copo de luz tomado al Alba?

LA DONCELLA

¡No! Quisiera ser Diana anhelante bajo las frías bóvedas de las frondas a la espera de la presa que viene a abrevarse en el sello de plata de un manantial. Quisiera verme estampada allí, entre el iris de tus colores con mi figura juvenil desnuda, confundiendo bajo los toques de tu pincel la pureza de mi carne con la pureza de tu genio.

APOLODORO

¿No quieres que haga surgir el día en tus pupilas, al colocarte sobre la nube de Juno? -¿No quieres verte entre lo azul, con tus vestiduras flotantes sostenidas por céfiros alados que tiñen entre sus manos lirios de pétalos de azucenas?
¿No quieres ver ante ti reunida la falange fulgurante de los Dioses?

LA DONCELLA

¡No!-Píntame como a la estrella, vagando entre la noche, con su cabellera de rayos reflejándose en la nieve de las lejanas cordilleras. Envuelve mi cuerpo en el rojo cendal de los cometas y ponme después sobre un ampo de sombra para que mis formas tracen sus líneas onduladas sobre la noche profunda que crearon tus colores.

APOLODORO

¿No quieres ser la vestal vestida de lino con los cabellos aprisionados en el arco de oro fino de Arabia? ¿No quieres verte encendiendo el fuego virginal ante el plinto de la Diosa velada, solo tocada por tus manos? ¿No quieres calzar la argentada sandalia bajo tus pies cuidados por cien esclavas y perfumados en esencia de acacias?

LA DONCELLA

¡No! -Quiero renacer en las curvas de tu pincel, como la ondina en el seno de una gruta, coronada de vides, deslizándose por entre el alabastro de las estalactitas. Quisiera verme con el cuello rodeado de guijarros encarnados y mis cabellos engarzando los esplendentes ópalos de los nenúfares.

APOLODORO

¿No quieres ser Ceres con la corona de mieses y los pechos despidiendo raudales inagotables de la leche de las uvas? ¿No quieres verte en la eterna Primavera haciendo surgir a tu paso nubes deslumbrantes de luciérnagas y de mariposas? ¿No quieres vestir un traje de rocío y llevar entre tus manos el cetro del arado?

LA DONCELLA

¡No! Píntame en un jardín azul donde las fuentes despidan rubíes rojos como la grana de mi boca; donde las pomas sazonadas sean tan gratas al labio como al olfato; donde haya alondras de alas de oro y luceros que vaguen como libélulas!

APOLODORO

Te crearé como tú quieras. Tú serás Venus, tú serás la ondina, tú serás la estrella. A tu lado el esposo cantará a tu oído las cadencias de los tálamos nupciales y una Gracia gentil bordará en la orla de tu manto la frase delicada de los primeros amores.

¡Mira como naces bajo mi impulso. Contéplate en tu casta belleza. Besa esos labios húmedos que son tus labios; recreáte en esos ojos azules como una onda del Egeo, que son tus ojos; en ese cuerpo de durezas incitantes, que es tu cuerpo; en esa cabellera como una nube de rayos de sol cayendo sobre una ánfora de hojas de rosa!

¡Mira como surges del azur, del carmín, y de la blancura de nieve de mi pintura! Tú estás ahí, eterna como los senos fecundos de las montañas; grande con la grandeza de lo inmenso.

¡Tú has salido ya del polvo y sobre el bronce de esa plancha, tienes una gota de la esencia de mi inmortalidad!

NARCISO

Una gran selva. Claridades de sol se filtran por el ramaje y penden gasas de oro en el borde de los nidos. Un manantial corre silencioso haciendo estremecer los tallos de las margaritas al pasar. Narciso se contempla en las vislumbres de la linfa. Bajo un inmenso cedro, un fauno lo mira tendido sobre la yerba con sus manos apoyadas en sus barbas de cerdas erizadas. Una dríada despeina sus bucles de oro que se enroscan como pétalos aurinos, sus brazos se extienden hacia Narciso y en sus labios vibra el arrullo de una queja.

LA DRÍADA

Abre los labios y pronuncia la palabra que suena al oído con dulzuras ignotas. Fija tus ojos en los míos, tus ojos grandes y luminosos, tus ojos azules teñidos en el obscuro zafir que pinta el cauce de una vena. Sonríe con la fuerte sonrisa del deseo, y que tu cuerpo sea a mi cuerpo, lo que dos rosas hermanas son sobre el mismo tallo en la conjunción sonrosada de sus pétalos.

NARCISO

Tu rostro es bello, esplendoroso y dulce. Tu cuerpo casto y magníficamente ondulado se estremece, como una gota de rocío sobre la seda verde de una hoja. Tu cabellera es una noche con una constelación de lirios. Pero tus frases no llegan hasta mí con rumores de besos que estremecen.

EL FAUNO

La primera palabra de Zeus fue una palabra de amor.

LA DRÍADA

Bajo la cubierta de la carne existe el corazón; y entre sus tibias y palpitantes paredes hay un germen que los ojos femeninos encienden con una chispa de luz. Y cuando él abre su flor candente dentro del alma, en el alvéolo del pecho resuenan cantos, risas, sollozos, frases vagas, tenues, incomprensibles, que vuelan con plumaje de llamas o con alas de libélulas.

NARCISO

Yo llegué hasta el palacio del Amor. Yo contemplé la gran guardia de los

encantos armados con varas de azucenas. Yo he visto mil mujeres, con semilla divina entre la sangre, que me llamaban con sus ojos, con sus bocas y con sus manos, convidándome al reposo bajo los pinos poblados de cantos y de nidos.

¡Y sin embargo, mi alma permanecía fría como el alma en reposo de un cadáver!

LA DRÍADA

Para amar, es preciso querer amar. Deja que me acerque y te cantaré al oído el aire con que el viejo Pan enamora a las sirenas cuando descubre en las penumbras llenas de frescura, los secretos olímpicos de la belleza.

NARCISO

¡Que tus labios sean carne de granito! ¿No ves cómo se refleja mi rostro en la tersura de la linfa?

EL FAUNO

Los dioses y los hombres fueron creados para amar. Nadie puede esquivar la flecha de diamantes con plumaje de astros. La púrpura de Cupido es la púrpura de Aurora y de Ocaso.

NARCISO

Mi amor es mío. ¿Acaso no soy el hijo mayor de la Belleza? En el seno de mi madre las Gracias me modelaron. Cuando me aduermo en el jardín azul de los luceros y mi torso se destaca cerca del lecho centelleante de la Madre Venus, los Dioses palidecen de envidia al contemplarme desde sus tronos de nubes fulgurantes.

EL FAUNO

Acércate a las jóvenes sin mancha, y diles la palabra que hace estallar en melodías todas las fibras del cuerpo. La gloria suprema del hombre son los hijos. Toda la grandeza humana está concentrada en las entrañas de una mujer. En cada vientre de madre hay mil gérmenes, desde el eterno del laurel, hasta el rojo del puñal.

NARCISO

Yo soy aquel que nació para amarse a sí mismo. No hay mayor nobleza que la nobleza que se desprende de mi figura; no hay hermosura mejor que ésta que vive en mi rostro, en mi rostro delicado y gentil que lava la noche con gotas de rocío recogidas en ánforas de adelfas y enjuga la mañana con el gran paño de los rayos del Sol.

LA DRÍADA

Tu labio callaría, si te dejaras cubrir con el manto de mi cabellera. ¿No has escuchado nunca sobre tu carne la vibración de un beso?

NARCISO

Cuando quiero sentir esa caricia, voy a que me besen los labios de espuma de mi madre.

EL FAUNO

Fecunda a la mujer. De su amor todo te habla: la nube que besa a la nube, el lucero que ama al lucero perdido en los confines del espacio, la burbuja que se funde en la burbuja toda vestida de iris, la ola que sigue cadenciosamente a la ola, las caricias del mar sobre las suavidades de las playas...

Todo ello es apenas un remedo del amor humano. Cuando veo caminar a los donceles hacia la pompa umbría de las selvas, mis ojos relampaguean y mi flauta toca alegremente una extraña cantata.

LA DRÍADA

¡Narciso, ámame!

NARCISO

Yo no nací para admirar las carnes que florecen sobre los cuerpos en que sueñan los silenos. Yo debo permanecer puro, con la dulce pureza de los vestales.

LA DRÍADA

Clava tus ojos en mis ojos y dime: ¿no sientes en tus nervios una cadencia?

NARCISO

Cuando tú me miras sólo entreveo la calma, fría y húmeda del sepulcro.

EL FAUNO

Quien injuria al amor, se injuria a sí mismo. Tus canas blancas solo recogerán oprobio. ¡El macho de una bestia es más noble que tú!

NARCISO

Mira cómo sonrén mis labios; ¿no parecen una flor que se entreabre? Mira cómo se encrespan mis cabellos; ¿no semejan mil ondas de espuma? ¡Quiero morir contemplándome sobre el escudo brillante de los mares!

Y desde lo alto miran dulcemente los ojos azules de Leda. Más arriba, centellean las pupilas de Zeus incendiadas en ira.

VENUS ANCIANA

Una selva. Es la tarde.-Hay rumores que llegan suavemente a adormirse en la penumbra. Una bandada de ninfas tiñen con pinceladas de aurora la esmeralda de la verdura. Sus labios se entreabren en sonrisas vagorosas que brotan calladas, como la linfa en que mojan el pie diminuto de palideces de ámbar o de tintes de alborada. Venus anciana, bajo el dosel de una palmera, sostiene en su regazo a Endimión semi-adormido. Su rubia cabellera, parece un jirón desprendido de la túnica de la mañana. Sus ojos se entornan con celosías de rosa y oro. Un cordero de su lado, asemeja un olvidado crespón de la neblina. Luz tenue que presagia la llegada del crepúsculo, se filtra por el ramaje y pende tules de plata muerta, desde las ramas venerables de los cedros.

VENUS

Voy a adormirte con mis frases. Quiero que la pasión haga surgir en mi boca el raudal de la palabra; ese raudal que tiene el encanto del matiz, el encanto del sonido y el encanto de la frescura que hace revivir las fuerzas en el cuerpo y las energías en el alma.

ENDIMIÓN

Lentamente caen mis párpados y mi sueño va a ser azul como una onda.

VENUS

¡Duerme! Que aquel que duerme olvida y el olvido es una carta prebenda de los Dioses. Cuando se sueña, las flores de las ilusiones se entreabren vagorosamente en el corazón. Que tus párpados caigan dulcemente como un velo y que la casta ninfa que preside el sueño de los donceles te resguarde bajo su tienda matizada de rosa!

ENDIMIÓN

El sueño huye cuando tú me hablas. ¡Oh Diosa! dime: ¿por qué es que ayer al besarme, tus dientes se clavaron en mi carne hasta que tus labios se mojaron con una gota de sangre?

VENUS

Porque mi vejez es dulce ante tu juventud, porque tu carne blanca y tersa enciende la sed del ansia en mi boca; porque debía aplacarla en el manantial bullente de tus venas.

Mi cabellera es alba, pero mi pasión es roja.

ENDIMIÓN

Tus palabras queman. ¿Acaso no he sido para ti suave como el lino y manso como los corderos?

VENUS

Mi pasión vive en mi ser como la vida que todo lo anima existe en la intangibilidad de Zeus, para desprenderse en copos ardientes que encienden en la noche el parpadeo de los luceros y caldean en el día el gran escudo del Sol. Ella necesita manifestarse como la savia en la planta, como la ola en la playa, como la llama en la hoguera. ¡Yo te calcinaría con mis besos para después hacerte renacer de tus cenizas y cien veces volver a calcinarte!

ENDIMIÓN

Pon tu mano sobre mi corazón; ¿no sientes cómo late dulcemente?

VENUS

Yo lo siento agitarse brevemente bajo la piel de mi mano. Parece que quisiera reposar. Déjalo que se aduerma para que en la noche, cuando mis brazos se enlacen a tus brazos, yo sienta sus latidos fuertes, muy fuertes, como el pomo de una espada golpeando sobre un escudo.

ENDIMIÓN

Las doncellas me buscaron para arrullarme con los ritmos de sus amores. Ante mí antepusieron por ofrenda la belleza de sus cuerpos, el oro de sus arcas, la gallardía de sus espíritus, la luz de sus miradas; pero ninguna ha llegado hasta mí como tú has llegado, deshojando en una hora toda la flor de mi juventud.

VENUS

Es que en los cuerpos hay misteriosas atracciones. Ellos se buscan, se llaman y se confunden. Y en la hora de los rugientes espasmos, el labio estalla en la armonía de los nervios; que vibran como si fueran mil arpas tañidas por el huracán.

¡Hoy tú eres mío, todo mío! ¡Y yo te amo de una manera tal, que parece que para ello se me hubieran prodigado todos los ardores, todas las melodías,

y todos los celos de los hombres y los Dioses!

ENDIMIÓN

Siento que cuando así hablas se estremece profundamente todo mi ser.

VENUS

De igual manera se estremecen las constelaciones a la caricia de la sombra.

ENDIMIÓN

Soy todo tuyo. En tus manos no valgo más que la pasta que se modela o el bloque que se desbasta. Tú puedes hacer de mí lo que quieras, un paria o un hijo del laurel; un ilota o un favorito de la fama; lo diminutamente pequeño, o lo inconmensurablemente grande.

VENUS

Tú eres la carne; yo soy el alma. Yo con mis caricias te aduermo, con mi pasión te despierto; yo hago sonar tu cuerpo como un sistro, o lo hago callar como una tumba. Te enloquecería con mis caricias, para después aspirar el perfume de tu sangre al rasgarte el pecho con un puñal, y tú morirías sonriendo.

ENDIMIÓN

¡Mira como en mis labios se cuaja esa sonrisa! Bésame ardiente, muy ardientemente, y hiéreme después, que yo moriré cantando una extraña canción que tenga el acorde del trueno y el arpegio de la brisa.

VENUS

Duerme hasta que Apolo se recueste sobre el blando lecho de los mares. Muy pronto las estrellas hablarán de nuestros amores con sus lenguas de plata.

ENDIMIÓN

Ponme bien sobre tu regazo, que quiero sentir bajo mi nuca el vaho tibio de tu carne.

Y en lo alto del cedro dos alondras tarareaban una canción de amor entrelazando sus alas sobre el borde de un nido. Y a los lejos, en el horizonte, las olas confundían sus torsos en un rugiente connubio.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

